

JAMES BLISH Y ROBERT SILVERBERG

un par del espacio



LIB GALAXIA
Ciencia Ficción

Tres relatos de Ciencia ficción.

LOS MERODEADORES

Robert Silverberg

UNO

Tom Kennedy soñaba con cañones resplandecientes, gente inocente que moría y fuego que se extendía sobre la Tierra, mientras grandes hongos termonucleares aparecían como colgados del cielo.

Se revolvió nerviosamente en su cama, suspiró, casi despertó y nuevamente se perdió en su sueño. Al despertar a la mañana siguiente se encontraba pálido y cansado; con un manotazo de impaciencia dio fin al zumbido insistente del despertador, y dejando colgar las piernas sobre el borde de la cama, se frotó los ojos. El ruido que producía un chapoteo en el agua le dio a entender que su esposa estaba ya despierta y tomando una ducha.

Nunca podía despertar fácilmente. Todavía soñoliento, caminó tambaleándose por la habitación hacia la cómoda para tomar su bata y se dirigió a la cocina. Oprimió unos botones de la cocina automática para preparar su desayuno.

Marge había salido del baño y estaba secándose cuando él regresó a la habitación para vestirse.

—¿Está listo el desayuno? —preguntó ella.

Kennedy asintió y buscó en el closet su mejor traje, el verde oscuro con galón rojo, ajustado. Deseaba presentarse bien ese día: la conferencia del noveno piso iba a ser importante, tratara de lo que tratase.

—Debes de haber tenido un mal sueño —le dijo Marge, de pronto—. Puedo adivinarlo. Todavía estás meditabundo.

—Lo sé; ¿acaso te desperté?

—No. Pero puedo ver que ese sueño todavía te inquieta. Cuéntamelo, y apresúrate o perderás el auto que te lleva.

—Soñé que estábamos en guerra —dijo Tom.

—¡Pero eso es imposible, querido! Ha habido paz en la Tierra desde hace años. Y... ya no habrá más guerras, Tom.

—Quizá no en la Tierra.

Se rió, celebrando su afirmación. Cuando terminó su desayuno, algo de la involuntaria ola de temor que le invadía había empezado a desvanecerse. Eran casi las seis de la mañana cuando Marge echó los platos en el fregadero; el sol se elevaba sobre las bajas lomas de Connecticut. Kennedy terminó de vestirse y les dio a sus charreteras una pasada con polvo de oro.

A las seis y veinte, el flamante automóvil de Alf Haugen —un Chevrolet-Cadillac amarillo modelo 2044— se detuvo en la calle. Haugen era un hombre grueso, de cara encarnada y brillante y profunda mirada; trabajaba en el escritorio detrás de Kennedy en la oficina de Steward & Dinoli, y esa semana le tocaba el turno de llevar a los compañeros en su automóvil.

Kennedy caminó con paso rápido hacia el auto de Haugen y se acomodó en la parte trasera; Lloyd Presslie y Mike Cameron se corrieron para hacerle lugar. Haugen puso en marcha el motor y se dirigieron hacia la ciudad.

Dave Spalding se encontraba a la mitad de un chiste cuando se detuvieron a recoger a Kennedy. Prosiguió su relato y, al finalizar, todos rieron, excepto Kennedy.

A éste nunca le había gustado Spalding. Había algo que le disgustaba en aquel hombre joven, soltero, esbelto y concentrado, que pertenecía al cuarto nivel.

—¿Sabe alguno de ustedes de lo que se va a tratar ahora? —preguntó de repente Mike Cameron.

—¿También estás invitado al noveno piso? —preguntó Kennedy.

—Todos lo estamos; hasta Spalding. Creo que Dinoli mandó ese memorándum a los niveles tercero y cuarto.

—Quizá la agencia está liquidándose —comentó Lloyd Presslie amargamente—. O quizá Dinoli haya contratado un grupo de hombres de elevado nivel, de los que trabajan para Crawford y Burstein, y a nosotros vayan a cesarnos.

Haugen movió la cabeza, y dijo:

—Es algo nuevo que se trae entre manos el viejo; oí a Lucille hablando acerca de ello, casi a la hora en que salimos. Si tienen alguna duda, pregunten a la secretaria de Dinoli.

El automóvil entró en el viaducto principal. Kennedy habló muy poco. El estrépito de las bombas de hidrógeno que oía en el sueño aún resonaba en sus oídos...

Algo nuevo que se trae entre manos. Bueno, ni siquiera eso le afectaría. Kennedy había asumido la semana anterior el puesto de encargado de Relaciones Públicas en la Federated Bauzite Mines, Inc.; era aquel un proyecto de largo alcance, cuya última mira era convencer a la gente de un gran distrito de Nebraska de que su economía no se vería afectada y de que su abastecimiento de agua no se contaminaría por las nuevas búsquedas de aluminio que recientemente habían invadido su área. Apenas había comenzado, y no lo removerían de ese puesto tan pronto. ¿O serían capaces de hacerlo?

No podía predecirse lo que Dinoli haría. Relaciones Públicas era un campo intrincado que requería mucha diligencia; su comarca de operaciones se estaba extendiendo constantemente.

Tom Kennedy sentía una tensión extraña. Por esta vez, el suave rumor que producían los generadores turboeléctricos debajo de él no logró calmar sus nervios.

A las seis cincuenta y dos, el automóvil de Haugen se desvió del viaducto y continuó por la inclinada rampa que conducía a la parte alta de Manhattan. Dos minutos más tarde se encontraban en la esquina de la calle 123 y Lenox,

en el corazón del distrito de negocios. Precisamente a las siete am, Kennedy y sus cinco compañeros de automóvil estaban ya en sus escritorios.

El escritorio de Kennedy estaba pulcramente arreglado, tal como lo había dejado la tarde anterior. El memorándum de Dinoli estaba en la canasta de la correspondencia general; lo tomó para leerlo una vez más:

Piso noveno, dos horas trece minutos pm. «*Estimado Tom: ¿quiere ser tan amable de bajar a mi oficina mañana a las nueve o alrededor de esa hora? Un asunto de alguna urgencia se ha presentado y lo necesitaremos.*».

Kennedy depositó la nota dentro de su respectiva carpeta para archivarla. La frasecita «o alrededor de esa hora» no debía tomarse en cuenta; él sabía que, o llegaba al piso noveno a las nueve en punto, o sería rebajado inmediatamente de categoría.

La mañana transcurría lentamente. Cuando faltaban cinco minutos para las nueve, Kennedy y Alf Haugen abandonaron el área del nivel tercero, se unieron a Spalding en las oficinas exteriores que ocupaban los hombres del nivel cuarto, y bajaron por las escaleras al noveno piso.

Steward & Dinoli ocupaban cuatro pisos. La oficina de Dinoli se hallaba en el noveno piso. A Steward se le había relevado hacía largo tiempo de toda conexión con la firma. El décimo estaba ocupado por la biblioteca de la agencia y la caja de valores; los hombres de los niveles segundo, tercero y cuarto trabajaban en el piso undécimo, y el resto de los empleados en el duodécimo.

Una gruesa placa de encino ricamente veteado formaba la puerta de la oficina privada de Dinoli. Sobre ella pendía una delgada placa de oro: «L. D. Dinoli». La puerta se abrió cuando ellos se aproximaron.

Aquel privado era cinco veces más largo que ancho. Dinoli se encontraba sentado a la cabecera de una larga y bruñida mesa. Tenía sesenta y seis años de edad, y ojos penetrantes; su cara era enjuta, descarnada, y en ella destaca-

ba una nariz de gancho; convergían a ésta, concéntrica-mente, una serie de arrugas que semejaban líneas de elevación en un mapa geológico. Pero toda su persona irradiaba energía.

—¡Ah, caballeros!, pasen y siéntense.

Aquellas eran órdenes, no peticiones. Su voz era grave, profunda: mitad gruñido, mitad sonido.

Inmediatamente, a derecha e izquierda de Dinoli, se sentaron cuatro hombres de la agencia que pertenecían al segundo nivel. Dinoli ocupaba naturalmente el eminente rango de primer nivel; sólo a él le correspondía. Después de los muchachos del segundo, vinieron los del tercero: Presslie, Cameron y otros cuatro. Tom Kennedy tomó asiento cerca de Cameron y Haugen, precisamente al lado opuesto, frente a ellos. Spalding se sentó a la derecha de Kennedy. De no ser por la figura discordante de Spalding, hubiera parecido una pirámide de conjunto uniforme, nítida, que empezando con Dinoli, descendía a los cuatro hombres del segundo nivel y tenía como base a los ocho ejecutivos del tercero.

—Aquí estamos todos —dijo Dinoli pausadamente; por encima de su cabeza, sobre el borde alto de la ventana, el reloj marcaba las nueve—. Caballeros, me agradecería que conocieran a nuestros nuevos clientes, si les parece bien.

Su índice —semejante a una garra— oprimió un botón del tablero que se encontraba cerca de su mano. Una puerta trasera se abrió, y tres elegantes figuras —vestidas con los uniformes verde tostado de los ejecutivos— entraron erguidos, conscientes de su rango. Hombres de mirada fría y duro temple.

—Nuestros nuevos clientes —anunció Dinoli—. Estos caballeros pertenecen a la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre, División Ganímedes.

Tom Kennedy se estremeció, muy a su pesar. La imagen de ciudades aniquiladas pasó velozmente ante sus ojos una vez más.

DOS

Dinoli estaba muy orgulloso de sí mismo. Sus ojos negros como abalorios lanzaban miradas como dardos aquí y allá, recorriendo toda la oficina, mientras se preparaba para informar los detalles de su grande y reciente golpe de estado.

Tom Kennedy no pudo reprimir un profundo sentimiento de admiración por el viejo luchador. Dinoli se había afianzado en el primer puesto de Relaciones Públicas a base de absoluto esfuerzo, acompañado de juiciosas puñaladas por la espalda.

—Hubbell, Ejecutivo de Segundo Nivel de Enlace Público; Patridge, Ejecutivo de Segundo Nivel de Enlace Público; Brewster, Ejecutivo de Segundo Nivel de la Corporación del Comando Expedicionario del Espacio —Dinoli señaló a cada uno de los hombres con rápido ademán.

Kennedy los estudió. Era obvio que Hubbell y Patridge fuesen hombres de escritorio; tendrían cincuenta años, estaban bien formados, pudiendo clasificarse entre los fornidos. Ambos de cutis intensamente tostado, probablemente con artificio. Se veían competentes, sin lugar a dudas.

Brewster era de un tipo diferente, de estatura baja y compacta. Sus ojos fríos y aristócratas completaban la forma angular de su cara magra y oscura. Al pararse se erguía tieso como una banqueta.

«¡Naturalmente!», pensó Kennedy. «¡El explorador del espacio!».

—Como miembros de mi estado mayor —continuó Dinoli—, todos ustedes saben bien que lo que se diga en esta oficina es de carácter absolutamente confidencial. Confío, caballeros, en que lo han entendido bien; de no ser así, salgan de aquí.

Trece cabezas se movieron afirmativamente.

—Muy bien. Puedo decir, a manera de prefacio, que esta es la operación más grande y más importante que Steward & Dinoli jamás haya acometido. Quizá sea la mayor de todas las que llegará a emprender. No necesito agregar que el manejar hábilmente esta nueva empresa, dará como resultado un substancioso incremento en los ingresos personales de los hombres que intervengan en ella... —hizo una pausa larga antes de continuar—. Para ponerles al tanto de lo que ocurre, les diré primero que el ejecutivo Brewster ha regresado recientemente de un viaje por el espacio que patrocinó su corporación. El mayor está conectado con la expedición a Marte y con la misión a Venus que la precedió, menos venturosa.

»La tercera y más reciente misión del ejecutivo Brewster fue hacia Ganímedes, que es, naturalmente, la mayor de las lunas de nuestro vecino planeta, el enorme Júpiter —continuó el viejo, pausadamente—. La existencia de esta tercera misión interplanetaria es todavía un secreto. La pobre publicidad que causó la expedición a Venus, fue el factor que influyó en la Corporación para que se suprimiera toda la información al público acerca del viaje a Ganímedes, hasta que llegue a una feliz conclusión.

En la parte trasera de la oficina se desenrolló una pantalla de cine, y Dinoli prosiguió:

—El ejecutivo Brewster nos ha traído una película de sus actividades en Ganímedes. Me gustaría que todos nosotros la viéramos antes de seguir adelante con esta reunión.

Hizo Dinoli una señal y se apagaron las luces. Kennedy se dio vuelta en su asiento para quedar frente a la pantalla.

El proyector empezó a funcionar.

UNA PRODUCCIÓN DE LA CORPORACIÓN
DE EXPLORACIÓN Y DESARROLLO EXTRATERRESTRE
DIVISIÓN GANÍMEDES

Era el título que se leía, proyectado sobre un fondo rojo, blanco y azul. Seguían unas líneas para dar crédito a la película. Y entonces, repentinamente, Tom Kennedy se encontró mirando un extraño paisaje, singularmente tranquilo, singularmente perturbador.

Una blancura desierta aparecía ante él: la blancura de un campo de nieve casi interminable, bajo un cielo de color azul pálido. Una cadena de montañas dentadas, con rocas desnudas coronadas de nieve, se veía a lo lejos. Nubes de gas gris verdoso se arremolinaban ante la cámara.

—Ésta es la superficie de Ganímedes —se oyó la voz resonante y gruesa de Brewster—. Como ustedes pueden apreciar, nieves congeladas de metano y de amonio cubren las mayores áreas del suelo. Ganímedes, por supuesto, es virtualmente un planeta por sus dimensiones: su diámetro es de 51200 kilómetros, ligeramente superior al de Mercurio. Encontramos que, por coincidencia, la gravedad es casi igual a la de la Tierra. Ganímedes es un planeta de centro pesado, probablemente el producto de un desprendimiento del propio corazón de Júpiter durante la etapa de formación del sistema solar...

Mientras Brewster hablaba los ojos de la cámara se movilizaban, y con ellos los de Kennedy. Ya se asomaban a las finas estrías dentro y fuera de una roca; ahora se posaban en una planta de líquen que colgaba al lado de una aguda punta de basalto.

De pronto, la cámara giró vertiginosamente hacia arriba para tomar una vista del cielo. Kennedy se estremeció. Júpiter ocupaba un vasto segmento del espacio: una gran bola pesada colgaba en el vacío como si fuera un enorme gigante.

—Ganímedes se encontraba más o menos a una distancia de un millón cuarenta mil kilómetros de Júpiter cuando

esta película fue tomada —explicó secamente Brewster—. Sin duda alguna, ocupa un gran sector allá en los cielos.

Kennedy miró fijamente y con inquietud al planeta monstruoso que se veía envuelto en nubes; la superficie aterciopelada y de color gris perla daba la idea de una inimaginable y profunda turbulencia bajo la banda exterior de la atmósfera. Para la tranquilidad de Kennedy, la cámara finalmente dejó el enorme mundo, regresando al paisaje ganimediano.

Quizá por unos cinco minutos, la película consistió únicamente en el vagar de la cámara sin objeto determinado sobre aquel helado desierto. Después aparecieron ocho figuras ataviadas con trajes espaciales, sus caras casi escondidas tras las máscaras para respirar, sus cuerpos cubiertos con vestiduras impregnadas de metal.

—Los miembros de la expedición —comentó secamente Brewster.

La cámara se enfocó hacia una nave espacial que se erguía alta y esbelta en un segmento de roca desnuda; ostentaba en color verde oscuro los números de una matrícula sobre su flanco reluciente.

—La nave expedicionaria —dijo Brewster.

Después de un reconocimiento de la parte exterior de la nave, tomando ángulos diferentes, y de unas cuantas escenas más de los hombres enfundados en sus trajes espaciales, la cámara se posó sobre un extraño lago de un líquido grasoso que tenía la apariencia de estar congelado.

—Uno de los lagos de parafina ganimedianos —dijo Brewster.

Recorrió la cámara las orillas del lago, regresó al campo de nieve y centró su lente sobre cuatro mágicas figuras, criaturas de vaga forma humana, con caras sin narices y ojos cubiertos con pliegues carnosos. Eran de una palidez blanquecina, sin cabello, virtualmente desnudos excepto por una faja de alguna tela que les cubría la parte media de sus cuerpos.

—Aborígenes de Ganímedes —hizo notar Brewster.

Éste había hecho su juego, y esperó unos tres o cuatro segundos para que produjeran efecto sus palabras. Tom Kennedy sintió como si le hubieran golpeado en el estómago repetidamente con un martinete. Había estado observando la película con atención, pero superficialmente; de repente, la presencia de vidas extrañas le hizo saltar en la silla.

La expedición a Venus había sido un fracaso. Dificultades mecánicas hicieron casi imposible que los exploradores pudieran convivir con la sopa de formaldehído que era la atmósfera de Venus. Pero durante su corta estancia sí pudieron, definitivamente, comprobar que no existía vida animal en el segundo planeta.

Cuando fueron a Marte también comprobaron su esterilidad. Unas cuantas plantas de líquen, algunas briznas de mala hierba y nada más. La humanidad —y Tom Kennedy— habían comenzado a aceptar que el hombre se encontraba solo en todo el sistema solar y posiblemente en el universo entero.

Pero ahora, súbitamente...

De nuevo, Tom se concentró en la película y siguió oyendo la voz monótona de Brewster.

—Los ganimedianos son un pueblo primitivo y viven en villas aisladas, de unos cuantos habitantes cada una. Cubren enteramente la masa emergida de Ganímedes, que está distribuida en tres continentes. Estimamos que la población total será de unos veinticinco millones.

Mojándose los labios, Kennedy miraba fijamente a los cuatro extraños seres que se proyectaban contra la nieve de metano, y trataba de adivinar qué relación podía existir entre Dinoli y todo aquello.

—Durante nuestra estancia, aprendimos los rudimentos de su lenguaje —prosiguió Brewster—. Es una lengua aglutinada, bastante simple; nuestros peritos lingüísticos ya están trabajando en ella. Descubrimos que los ganimedianos

tienen sus agrupaciones de trabajo sistemático, con rivalidades entre sus tribus. No les inspiramos ningún temor, pero tampoco nos dieron muestras de que les agradáramos. Los reportes de los geólogos expedicionarios informan que Ganímedes es excepcionalmente rica en minerales radiactivos. Gracias.

La película llegó bruscamente a su fin con la última palabra de Brewster. Las luces se encendieron; los ojos de Kennedy, como los de los demás, estaban deslumbrados. La pantalla desapareció en el hueco del techo que la ocultaba.

Dinoli se inclinó hacia adelante. Sus ojos brillaban intensamente.

—Yo creo que ustedes comienzan a ver la magnitud de lo que se está desarrollando ante nosotros —les dijo, con solemnidad.

Kennedy se retorció con dificultad en su contorneada silla mientras veía algunas de las implicaciones. *Los reportes de los geólogos expedicionarios informan que Ganímedes es excepcionalmente rica en minerales radiactivos...*

La manera como Brewster lo había dicho hacía el efecto de presentarlo como poco práctico. Kennedy tenía muy buen oído para esas cosas poco prácticas; muy a menudo resultaba que se convertían en cosas de importancia crítica.

Dinoli miró de soslayo al más alto y gordo de los dos hombres de enlace, y dijo:

—Y ahora, ejecutivo Hubbell, ¿informará usted a mis hombres de las implicaciones que se desprenden de esta situación en Ganímedes?

Hubbell tosió solemnemente.

—Ustedes han visto vida extraña en esa luna con dimensiones de planeta. Saben ahora también que Ganímedes contiene abundante riqueza mineral, que nuestra Corporación se propone explotar en nombre del bien público, en virtud del acuerdo tomado con las Naciones Unidas. Bien, nosotros hemos gastado considerables sumas en el desarrollo y acondicionamiento de naves para explorar el espa-

cio. Contamos, naturalmente, con recuperar nuestras inversiones y gastos en Ganímedes. ¿Patridge?

Éste pestañeó como un soñoliento puma, y dijo, suavemente:

—Pensamos que puede haber ciertas dificultades para obtener de los ganimedianos los derechos de explotación de minerales.

Kennedy empezó a comprender la situación.

Dinoli hizo una mueca triunfante, y dijo:

—Aquí es donde entramos nosotros, muchachos. Puede haber un conflicto con los obstinados ganimedianos, y algunas gentes podrían llamar a eso una guerra de agresión. Realmente, es una necesidad absoluta: necesitamos lo que tiene Ganímedes. La Corporación ha invertido miles de millones para abrir el espacio a la humanidad. Ustedes comprenden esto. Todos ustedes son hombres listos e inteligentes.

—Naturalmente, el público quizá no simpatice con la necesidad que alegamos —dijo Patridge—; la gente podría pensar que somos imperialistas.

—Esta impresión naturalmente tendrá que ser contratada por una cuidadosa gerencia de Relaciones Públicas —añadió Hubbell, pensativo, cubriendo todo el asunto.

—Y nosotros hemos sido seleccionados para manejar el proyecto —terminó Dinoli.

Así estaba la cosa. Para eso se les había reunido. Kennedy se las arregló para conservar su cara libre de cualquier reacción emotiva: La Agencia Enmascarada, como Marge la llamaba en privado.

—Planeamos una intensa campaña que cubrirá el mundo entero —dijo Dinoli—. Estos caballeros trabajarán muy cerca de nosotros todo el tiempo necesario. Fechas específicas han sido debidamente fijadas; hay una determinada, bastante precisa, puedo asegurarle, en la cual se harán públicos los primeros conocimientos de la existencia de la vida en Ganímedes.